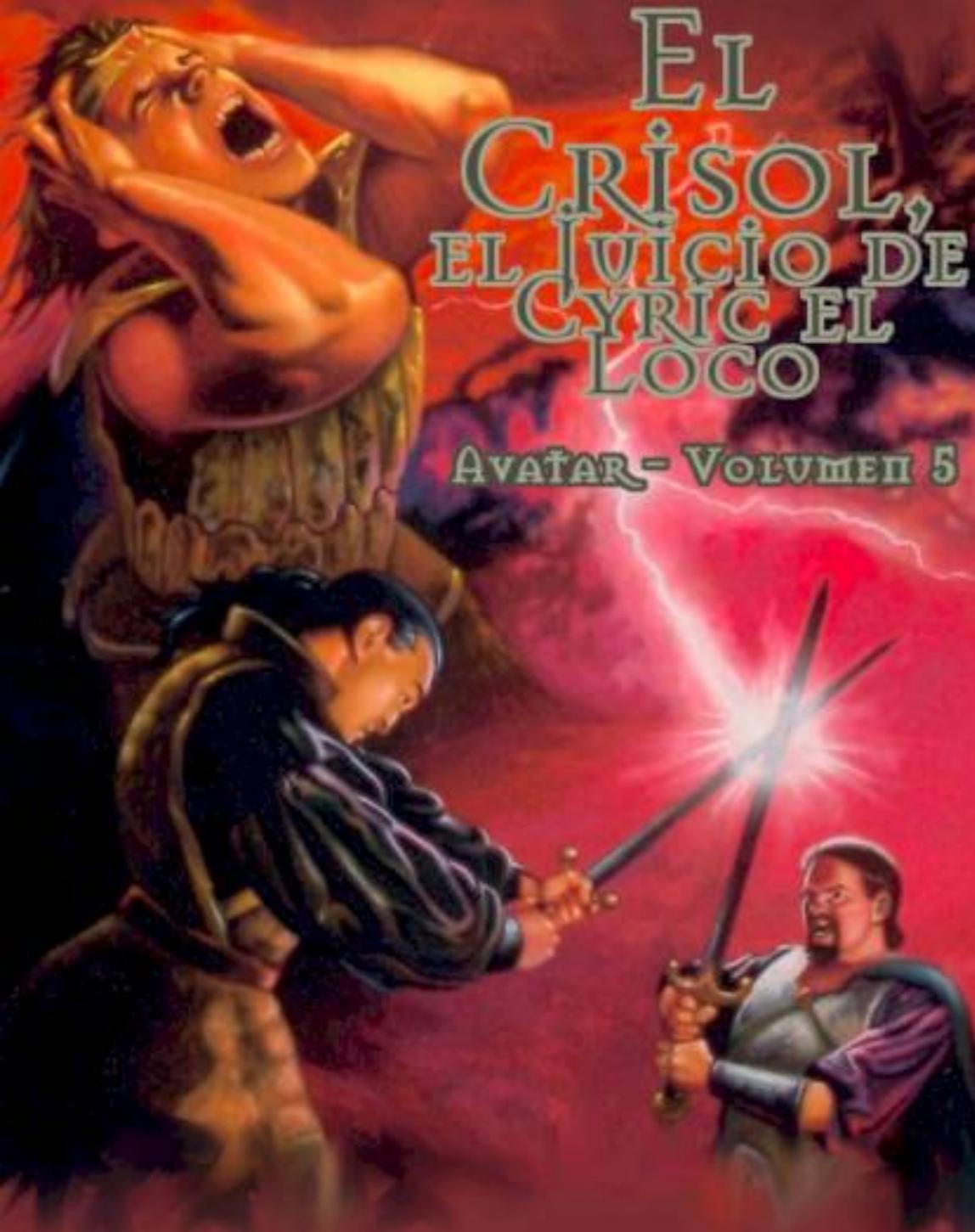


REINOS OLVIDADOS

EL
CRISOL,
EL JUICIO DE
CYRIC EL
LOCO

AVATAR - VOLUMEN 5



TROY DENNING

Cyric el Loco, que traicionó a sus amigos Medianoche y Kelmvor y trató de destruirlos. Que se transformó en dios y ahora difunde mentiras y urde intrigas por todos los rincones de Faerun. Que es el señor del Asesinato, el Príncipe de las Mentiras y... está loco.

Para Matt y Josh

Introducción

Depende de mí, por supuesto. Todo depende de mí.

Quién debe vivir. Quién debe morir. Lo que es y lo que será.

Imaginemos que estoy observando desde lo alto, suspendido en el cielo tal como los mortales suelen pensar que hacemos los dioses. Abajo se extiende el vasto mar, golpeando incansable las rocosas orillas de la costa de la Espada, donde las torres de ignorancia profana del Alcázar de la Candela se asientan sobre el pedestal de una abrupta colina de piedra basáltica. Me bastaría un suspiro para derribar ese bastión de falsedad, para pulverizar la argamasa que une sus piedras y hacer que sus altos muros se desplomasen sobre el mar, para esparcir sus retorcidos tomos por las burbujeantes simas y por los océanos profundos y hediondos de los rincones más recónditos del mundo.

Imaginemos ahora que estoy de pie. El mar se alza ante mí como un verde tapiz reluciente que se difunde por la interminable extensión de los cielos, con sus olas coronadas de blanca espuma vertiéndose una y otra vez para alcanzar la costa que está por debajo. El mundo se ha puesto patas arriba, y las torres del Alcázar de la Candela penden de la colina basáltica como verrugas de la punta de una nariz negra y ganchuda. Me bastaría un pensamiento para dejar que la plenitud del mar se tragase esa ciudadela de corrupción, para borrar esa biblioteca de las mentiras de la faz del mundo, para hundir en el olvido esos libros del engaño y eliminar de Toril el mismísimo recuerdo de sus páginas falaces.

Como veis, todo depende de mí. No hay nada cierto hasta que yo no lo contemplo y le asigno un lugar, hasta que yo me coloco encima o debajo, delante o detrás. ¡Que mantengan su templo a Oghma el Inconsciente, sus altares a Deneir el Parlanchín, a Gond el del Aliento de Forja, a Milil el señor del Estruendo Rechinante! ¡Que me desprecien si se atreven! Yo soy el Uno, el Todo, el rostro que se oculta tras la Máscara. Yo lo soy Todo.

Esas palabras pronunció Cyric el Todo en su Noche de Desesperación, y en mi angustia no fui capaz de entenderlo. Yo era como un niño; oía con oídos de niño y veía con ojos de niño y entendía con mente de niño. Me sumí en la desesperación y perdí la fe, y por ello padecí sufrimientos horribles, como veréis. Pero sabed que el Uno me encontró cuando estaba perdido y me volvió a la senda de los creyentes, que me quemó los ojos con las llamas de la gloria y de la verdad hasta que vi todo lo que ocurría en el mundo y en los cielos, y que todo lo hizo para que, en la narración de lo que sigue, pudiera exponer todas las cosas hechas por los hombres y por los dioses con total exactitud y veracidad.

Yo soy el espía Malik el Sami y Nasser, un afamado mercader de Calimshan y huésped apreciado de la real casa de Najron, y ésta es mi narración, en la cual relataré lo que nos aconteció a mí y a otros muchos durante la búsqueda del santo *Cyrinishad*, el más sagrado y divino de cuanto libros existen, y hablaré de mis fieles servicios a Cyric el Todo en las tierras sin límites de Faerun, y revelaré la gran recompensa que se me otorgó por mis valientes servicios y mis muchos y terribles sufrimientos.

Loado sea Cyric el Todo, el Supremo, el Más Alto de los Altos, el Sol Oscuro, el Sol Negro, señor de las Tres Coronas y Príncipe de las Mentiras. ¡Que todas las bendiciones y la fuerza recaigan sobre su Iglesia y sus servidores, que se-

rán los únicos que gobiernen el reino de los mortales y que morarán por siempre en el Palacio de la Eternidad en los tiempos que sobrevengan al Año de la Matanza! ¡Te ruego seas indulgente con esta humilde narración, oh, dios de dioses, aunque no hay en ella un solo pasaje que pueda dar la medida de tu poder, ya que ni todas las palabras de todas las lenguas de los hombres pueden describir el esplendor de tu presencia!

Prólogo

En la Ciudad de la Luminosidad vivía un joven príncipe, agraciado en todos los aspectos pero carente de las virtudes de la medida y el buen juicio. Mientras yo andaba un día por ahí ocupándome de mis cosas, el califa envió a este príncipe a mi casa con una carta que debía entregarme a mí en persona. Mis sirvientes hicieron esperar al príncipe a la sombra de la galería, y siendo mi esposa una anfitriona cortés y muy cordial, le llevó un abundante refrigerio y se sentó con él para entretenerlo. Allí los encontré a mi regreso.

Si bien es cierto que ninguna persona entre cuyas virtudes se contara la modestia andaría por las calles vestida como encontré a mi esposa y al príncipe cuando volví, como no estaban en la calle me limité a hacer un comentario sobre el calor y adapté mi propia vestimenta a la suya. Mis maneras informales fueron un gran alivio para el príncipe, que en un primer momento me había parecido azorado y nervioso. Me entregó la carta y lo induje a que bebiera algún refresco mientras la leía.

La carta era sobre una cuestión trivial, la reclamación de algún pago que yo había olvidado hacer. Mientras pensaba en la respuesta, mantuvimos una agradable conversación que estoy seguro me valió algún favor nada despreciable en la corte, ya que el príncipe era el hijo mayor de la primera esposa del califa. Después de ese día recibí muchas cartas de la casa real, entregadas todas en persona por el primer príncipe. Llegué a la conclusión de que era prudente llamar a mi propia puerta antes de entrar en la antecámara

de mi casa, un precio muy modesto por la estima que me deparaban las frecuentes visitas del príncipe y por el gran honor con que después retribuiría mi hospitalidad.

Llegó el día en que el califa recibió una carta donde se lo informaba de los acontecimientos que habían tenido lugar en Zhentil Keep, en una época gran baluarte de nuestro señor Cyric en los distantes reinos de los bárbaros. Según la carta, el Sol Oscuro en persona había escrito una sagrada historia de su elevación a la divinidad, el *Cyrinishad*. ¡Tan bellas y brillantes eran las palabras del *Cyrinishad*, que todo el que lo leyese vería de inmediato la verdad y magnificencia de todo lo que proclamaba. En este gran libro residía el poder para convertir a todos los paganos de Faerun a la verdadera fe, para eliminar a todos los falsos dioses del mundo y transformar a Cyric en la única y verdadera divinidad!

La excitación del califa fue grande, ya que le ofendía que otros no creyeran como lo hacía él, y siempre estaba ávido de guiarlos hacia el camino de la fe. Empezó a correr de un lado para otro blandiendo la carta y cantando la gloria de la victoria de Cyric durante casi una hora hasta que su chambelán lo alcanzó y continuó leyendo. Esto fue algo que vi con mis propios ojos, ya que ese día había acudido al palacio como visitante.

La segunda página de la carta explicaba cómo Mystra (esa zorra diosa de la magia) y Oghma (el dios ladrón de la sabiduría) temían el poder del *Cyrinishad* y tramaban algo contra Cyric. En la primera lectura pública del *Cyrinishad*, Oghma reemplazó el sagrado volumen por un libro difamador, y todos los que oyeron sus mentiras perdieron la fe y dieron la espalda al Sol Oscuro. En ese momento, Kelemvor Lyonsbane, un vil traidor al que Cyric había matado hacía años, escapó de su prisión en la Ciudad de los Muertos para liderar una rebelión y arrebatarse a nuestro señor oscuro el Trono de la Muerte.

Al oír estas palabras, el califa se alteró tanto que sacó su daga y arremetió contra el pobre chambelán, al que le cortó la lengua. Brotó tanta sangre que el sustituto del chambelán no pudo seguir leyendo hasta que el sacerdote real hizo que las palabras volvieran a ser legibles.

La tercera página de la carta decía que el poder de Cyric era tan grande que ni siquiera Oghma y Mystra juntos podrían destruir el *Cyrinishad*. Oghma entregó el tomo a una mortal encomendándole que se alejase y se escondiese, y le proporcionó un diamante como amuleto que la ocultaría a todos los dioses de Faerun. El propio Oghma quedó excluido de conocer su paradero, pues era tal su temor a las insidias del Uno que pensaba que Cyric podía engañarlo para que le revelara dónde se encontraba.

En la última página de la carta se solicitaba al califa que enviase a sus espías más leales a vigilar los templos de Oghma y de todos los dioses que lo servían, Gond, Deneir y Milil, y también los templos de Kelemvor y de Mystra y de los dioses que servían a éstos: Azuth, Savras y Velsharoon. También se le pedía que enviase espías a los lugares donde los Arpistas tenían sus refugios secretos, y a los lugares donde se deja a los muertos para Kelemvor, y a todos los demás lugares donde los sirvientes del ladrón Oghma pudieran buscar refugio. Todo eso hizo el califa, y aún más, ya que envió noticia incluso a sus primos más distantes solicitando su colaboración en la gran vigilia. Confeccionó largas listas a fin de que no derrochasen esfuerzos vigilando los mismos lugares. También les dijo que si sus espías encontraban el libro debían comunicárselo a él y no intentar recuperarlo por sí mismos. Esto era algo que no esperaba que hicieran, ya que cualquier mortal que recuperase el *Cyrinishad* se ganaría los favores del Único y el Todo, pero el califa no deseaba pasar por descuidado al no cumplir este requisito.

Fue así que el califa mandó llamar a sus aposentos a sus espías más leales. Fue por la hospitalidad ofrecida en mi

casa que merecí el honor de encontrarme entre ellos, ya que el príncipe sugirió que se me asignase una misión en algún lugar lejano donde pudiese afrontar las grandes dificultades de mi cometido vestido de mendigo. Al principio me mostré demasiado humilde para aceptarlo, aduciendo que mis negocios y mi familia requerían mi presencia en la Ciudad de la Luminosidad. El bondadoso príncipe respondió que se ocuparía de mis negocios mientras estuviese fuera y me aseguró que ni mis negocios ni mi esposa sufrirían el menor menoscabo. Al ver la alta consideración en que me tenía su hijo, el califa decidió que yo debería vigilar el puesto más importante y peligroso de todos: la gran biblioteca del Alcázar de la Candela.

Reconocí de inmediato la bendición que había caído sobre mí. ¿Acaso no era el Alcázar de la Candela el bastión más poderoso del conocimiento de todo Faerun, el bastión bien amado del envidioso Oghma y de la celosa Mystra? ¿Y no era el *Cyrinishad* la mayor obra de la historia de Faerun, capaz de hacer que hasta los dioses honraran al Único y el Todo? Las propias Parcas habían decidido que el *Cyrinishad* viniese al alcázar y, cuando lo hiciera, yo estaría allí esperando.

Así, seguro de mi éxito, y confiando en que a continuación estaría en situación de retribuir al príncipe su generosidad, cambié las vestiduras de seda de un mercader por los andrajos de un mendigo. Dejé de lado todos los cuidados que dispensaba a mi pelo y a mi negra barba, me manché la cara con barro y, presuroso, me dirigí a la llanura que rodea el Alcázar de la Candela. Allí deambulé durante años, sucio y desharrapado, balbuceando como un loco y pidiendo comida y noticias a los monjes que guardaban la puerta.

Tampoco busqué el consuelo de nuestro señor oscuro. Los monjes tenían un templo de Oghma en su ciudadela, y temía que el dios sabio pudiera oír mis plegarias y me hiciera echar de allí. Fue así que cerré los ojos a mi amo y señor y viví en la más absoluta soledad año tras año. No soli-

cité refugio para mi necesidad. No maldije a los que me arrojaban piedras. No apelé ni una sola vez, ni siquiera mentalmente, al sagrado nombre de Cyric el Todo. Pasé estaciones completas refugiado en la arcada de la Puerta Baja, y pedí limosna a cuantos entraban, humillándome ante quienes se creían mejores que yo.

Y una noche en que el repiqueteo de las gotas de lluvia llenaba mis oídos con un sonido tan constante que llegué a temer volverme loco de verdad, dos extraños llegaron chapoteando por el camino: un guerrero y una mujer. Los sonidos que salían de sus bocas eran los de alguna tierra bárbara, y su caballo de carga resoplaba bajo el peso de una gran caja de hierro cerrada con candado y sujeta con cadenas. Me acerqué para pedir una moneda para mi cena y el guerrero vestido con armadura me dio un cobre para que me hiciera cargo de sus caballos. Habló con los monjes de la puerta de luchas encarnizadas, largas cabalgadas y de enemigos que había dejado muertos en el camino. La mujer habló de noches oscuras, viajes solitarios y de la ayuda recibida de todos los que reverencian a Oghma, y abrió su capa dejando ver un amuleto de diamante que tenía la forma de un pergamino de Oghma.

¡Aunque no hubiera estado esperando encontrarme con ese amuleto pagano, lo habría reconocido! Podía sentir la oscuridad que colmaba aquel cofre de hierro y oler el hedor mohoso del pergamino humano, y oír el zumbido de verdades oscuras que susurraban las páginas. ¡El *Cyrinishad* trataba de alcanzar mi mente y mi cuerpo, y mis oídos se colmaron con tal precipitación que fui presa de la fiebre!

De inmediato me encontré imposibilitado de pensar en otra cosa que no fuera el libro; pensé que los ladrones de Oghma miraban hacia otra parte, que yo sostenía las riendas de sus cabalgaduras, y que por fin tenía el *Cyrinishad* a mi alcance, después de tantos meses interminables de espera. Sin pensar un solo momento en mi propia seguridad, metí el pie en el estribo del caballo del guerrero, me monté

en él y tirando de las riendas traté de hacer que el caballo diera la vuelta.

Si mi padre me hubiera enseñado más sobre el manejo de los caballos que sobre el del oro, ahí habría terminado mi relato, habiéndome ganado el eterno reconocimiento de Cyric y volviendo a casa para devolver multiplicada por diez la bondad del príncipe al haber cuidado de mi esposa y de mi fortuna.

Pero no fue así.

El caballo de guerra no quiso saber nada de dar la vuelta. Cuanto más tiraba yo de las riendas, más se empeñaba él en tirar en el sentido opuesto. Cuando pensé en forzar al estúpido animal golpeándolo entre las orejas, protestó con un relincho tan agudo que casi me perforó los tímpanos. En un instante me encontré con la punta de la espada del guerrero debajo del mentón. No pude hacer otra cosa que dejarme caer de la silla y tirarme en el fango pidiendo clemencia, y a pesar de todo, sólo me perdonó la vida porque un monje de la puerta se interpuso y pronunció muy serias advertencias sobre el hecho de matar a mendigos con sus facultades mermadas.

Inacabables se me hicieron aquellos momentos de angustia antes de que el hombre enfundara su espada y me apartara de un puntapié, pero su miserable compañera seguía lanzándome aguzadas palabras sobre la apropiación de los bienes ajenos. (¡Tener que oír esto de labios de una sierva del ladrón Oghma!).

Cuando por fin la mujer se cansó de oír su propia voz, los monjes abrieron la puerta y los condujeron, a ella y al guerrero, al interior del alcázar. Yo partí de inmediato hacia Bereghost para hacer llegar la noticia al califa. En cuanto éste difundió mi gran descubrimiento, supe que los fieles de Cyric acudirían en tropel al norte para recuperar el *Cyrinihad* y castigar a los infieles por haberlo robado.

¡Sin duda, mis días como espía habían terminado! El califa acudiría a mi casa y me entregaría una recompensa dig-

na de todo lo que había pasado, y se me aclamaría en todo Calimshan y en el resto del mundo como el descubridor del libro. ¡Mi nombre sería honrado en los templos desde Athkatla hasta Escalaunt, y por fin me encontraría en situación de retribuir al príncipe las muchas y bondadosas atenciones que había tenido para con mi hacienda y mi esposa!

Pero mi historia habría de ser muy diferente.

Capítulo I

La mañana del asalto al Alcázar de la Candela se me concedió el honor de sumarme a las fuerzas agrupadas en un altoplano a cierta distancia de la ciudadela. El califa me había nombrado a mí, como descubridor del libro, para ocupar su lugar mientras sus mejores espadas se unían a los fieles en la planicie que quedaba a nuestros pies. Estos guerreros no eran sino una fracción de las fuerzas reunidas en nombre de Cyric, el Uno y el Todo.

A mi izquierda estaba el supremo Haroun con su horda de guardias de negra armadura. Era un hombre alto, corpulento, vestido con una tintineante cota de malla bajo cuyo mando estaba un cuerpo de fieles guerreros llamados los Yelmos Negros. A mi derecha estaba Su Letalidad Jabbar con su propia fuerza de guardaespaldas. Su Letalidad era un hombre pálido que había cambiado una ruidosa armadura por una susurrante túnica de sacerdote. Comandaba a los Lanceros Púrpuras, un grupo de fieles guerreros de proporciones comparables a los del supremo Haroun. En conjunto, las tropas eran conocidas como la compañía de la Espuela de Ébano. Los guerreros de la Espuela de Ébano eran las fuerzas de choque de Cyric, una caballería de élite proveniente de Amn, y se lanzaban a la batalla montados en toros de guerra. Sus jefes, Jabbar y Haroun, eran conocidos como los Señores Oscuros.

Al otro lado de una planicie de mil pasos de extensión, en lo alto de un gran cuerno serrado de rocas basálticas que dominaba la escarpada costa, se alzaban las inexpugnables torres del Alcázar de la Candela. A la tenue luz que

precede al amanecer, podía ver figuras diminutas de pie en las troneras de la muralla exterior, vigilando el camino que subía en círculos por la colina. Mentalmente incluso podía oír las risas de nuestros enemigos, vanagloriándose de la rápida victoria que obtendrían sobre nosotros mientras ascendiéramos por el estrecho camino hacia la Puerta Alta.

—... piedras les partirán los cráneos como si fueran huevos.

—¡Como huevos podridos que ni los perros comerían!

—¡Claro, Cari, como viejos huevos malolientes con las yemas podridas y grisáceas, tan descompuestas y apestosas que no podremos movernos de aquí hasta que lleguen las lluvias y barran sus cerebros de la rampa!

—¡Ja! ¡Hasta que lleguen las lluvias! ¡Ja, ja, ja!

Yo me limitaba a dejarlos reír. La mano todopoderosa de Cyric el Invencible se alzaría como un escudo para proteger a nuestro ejército durante el largo ascenso; esto ya lo había visto en un sueño. Dentro de poco, la Espuela de Ébano borraría la sonrisa de sus caras muertas.

Hice una señal afirmativa a los maestros de señales. No fue más que un acto honorario de mando, y fue el único. Aunque los Señores Oscuros mantenían un silencio incómodo, en esto sí estaban unidos: en este día de gloria, ningún delegado de un califa de la remota Calimshan les iba a hacer sombra.

Los maestros de señales desplegaron sus estandartes oscuros y un gran clamor se difundió por la planicie al preparar nuestro ejército sus armas y sus escudos. Los gigantes de fuego de la Hermandad Escarlata, contratada para la ocasión mediante cuantioso gasto, cogieron su ariete de hierro y formaron una cuña. Detrás de ellos, las tropas de la Espuela de Ébano montaron en sus toros de guerra de negros cuernos en perfecta formación: los Yelmos Negros del supremo Haroun a la izquierda de la carretera y los Lanceiros Púrpuras de Su Letalidad Jabbar a la derecha. En con-